

VOCES CREATIVAS

Das lied ist aus

Por Carlos Correa Angulo¹

Todo fue demasiado rápido. Y silencioso. Las cosas parecían meticolosamente premeditadas por el destino. Adriana despegó desde una inestable silla de madera y quedó bruscamente atada a las vigas del techo, flotando hermosamente junto a la cama de su padre. Tal vez su garganta crujió fuerte cuando la sogla la atenazó. En medio de la humedad y el silencio de la noche el sonido se habría ampliado y el padre, en la quietud de su dormir, llegaría a pensar que todo era parte de un sueño inquietante. Quizá pensó que se trataba del crujir de una puerta derribada por algún ladrón que a esa hora intentaba entrar a robar. Comunicaría a Adriana su temor, con unas palabras bien calculadas y en un tono casi secreto del que ni siquiera el ladrón hubiera podido percatarse. Pero ella tampoco le hubiera entendido, pues sus palabras saldrían de la somnolencia de su boca, a través de unos labios pegajosos. Abriría un poco sus ojos para detectar al osado intruso, pero los cerraría enseguida, tranquilizado por la presencia a su lado de lo que juzgaría como un hermoso ángel, justo en el momento del agónico aleteo de Adriana. Y aunque le preocupara la falta de resplandor en torno a su imagen y que la aureola la trajera en su cuello, seguiría durmiendo y sólo despejaría la duda al día siguiente, cuando bajaran a su hija de la horca que se hubiera propiciado, fría y rígida, como una piñata que no tuvo fiesta; con esos ojos que le miraban a él, casi pidiéndole que la bajara.

Todo fue desesperadamente silencioso. Su padre descolgó el cuerpo sin gritar (como se me hace ahora lógico que hubiera pasado). Tampoco lloró. Ni siquiera hubo lágrimas en sus ojos. Tan sólo ese silencio profundo y desgarrador como cualquier llanto de dolor.

El autor cursa noveno semestre en el programa de Literatura y Lingüística de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Cartagena.

Esa misma mañana yo me había levantado un poco más tarde que de costumbre, pues la noche anterior estuve con Adriana y llegué casi en la madrugada. Así que cuando me desperté encontré que la mañana ya había avanzado bastante en las manecillas del viejo re-

¹ El autor cursa noveno semestre en el programa de Literatura y Lingüística de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Cartagena. E-mail: carlosenriq2004@gmail.com

loj de mi cuarto. Enseguida vi por la ventana a alguien que entraba hasta la terraza. Abrí la puerta como si le esperara (ni siquiera lo conocía), y antes de que pudiera tocar, yo ya había abierto la puerta y me encontraba con sus ojos que, no sé por qué razón, serían los que recordaría cada vez que intentara imaginar los de Adriana, mirando agónica el dormir de su padre, sobresaltado en la cama, al tiempo que su imagen se iba de su cabeza, poco a poco, junto con el aire en sus pulmones.

No hubo palabras.

Los ojos del hombre me dijeron que aquel sobre que traía en sus manos era para mí. Y yo tomé eso que estaba envuelto en un desgastado papel de manila y que enseguida supuse era una carta, una carta de Adriana.

Al romper el sobre con desespero, pude ver el papel blanco en el que reconocí las letras casi artísticas de Adriana, escritas con calma. Detecté su firma, que remataba la nota, pero sólo alcancé a leer el primer párrafo.

Tal vez haya muchas canciones aún por sonar, pero en cuanto hayas escuchado la que más te gusta ¿para qué esperar? Con esa debe terminar tu noche. Y no hay razón alguna por la que debas escucharla toda, es mejor hasta donde todavía la disfrutas.

¿Y el mensajero? Cuando levanté mi vista, avergonzado por haberlo olvidado, ya no estaba. Ni siquiera esperó por el “muchas gracias” que había quedado en mi boca, como una bala atascada en la recámara de una pistola. Se fue tan silencioso como llegó, dejándome a solas con la idea de que él era parte de la muerte de Adriana.

Muchos minutos después de que el mensajero se hubiera ido alguien más vino a tocar mi puerta. Yo todavía sostenía la nota en mis manos, pero no la leía. Miraba por la ventana algo que no estaba afuera, sino más bien adentro, dentro de mí. Pero los tres golpes en la puerta llenaron mis oídos de la realidad que ya empezaba a irse de mí, poco a poco, con la llegada del sobre. Y bueno, lleno de esa realidad nuevamente, abrí la puerta.

Frente a mí tenía a una señora que, estaba seguro, la había visto varias veces, pero por más que revisé y revisé en los cajones de mi memoria, no encontré su nombre. Ella, en cambio, ya traía listo el mío, y lo usó en cuanto me vio a aparecer, acompañado de un “muy buenos días” y un rostro apesadumbrado, que le dieron rápido paso a la no-

ticia de la muerte de Adriana, mejor dicho, a la confirmación, porque ya lo sabía. Lo supe en cuanto leí su nota. Y no me sentía triste. No sentía dolor. Sólo estaba un poco... confundido y. ¿cómo decirlo?, con el entendimiento muy lejos del hecho.

Cerré la puerta antes de que ella pudiera contarme los detalles. No los necesitaba: desde el momento en que comencé a leer las palabras de Adriana comencé también a armar mentalmente, minuto a minuto, cómo había llegado a decidirse a hacerlo. Cómo decidió que debía morir justo al lado de su padre, mientras éste dormía (esto lo decidió porque estaba segura que a él no le afectaba. Lo sabía porque a ella no le habría afectado tampoco, en caso de que fuera lo contrario. Y ella lo reconocía: poseía una réplica exacta del carácter de su papá).

Leyendo la nota pude ver también la manera cómo su papá reaccionó, al levantarse y verla ahí, colgada frente a él, con los ojos fijos y una mala cara, como si le reprochara por no haberse levantado aún. El hombre se levantó tranquilo, alcanzó a medio tender la cama, sin dejar de verla, como diciendo "Sí, ya voy. Ya me levanto y tiendo la cama".

Bajó el cuerpo con cuidado, le arregló los cabellos y la acostó en su cama, con dulzura, de la manera en que uno lo haría si temiera despertarla. Luego salió hasta la casa del señor Ramiro, su vecino, le contó lo que acababa de pasar. Lo esperó en la puerta a que acabara de cambiarse la ropa y se fuera con él hasta su casa. Pero no lloró, en ninguno de los momentos que estuvo en casa del señor Ramiro. Quizá dejó escapar alguna lágrima pero "uno no podría asegurar que estuviera llorando. Si acaso se le veía una seriedad como dolorosa, pero no lloró ni se lamentó. Más dolor se le veía al Ramiro, que hasta llegó a gritar 'Ay, mi señor', agarrándose el pecho, cuando su amigo le contó. Yo salí corriendo a ver qué pasaba, y fue cuando Ramiro me lo contó". Decía la señora que me había dado el mensaje mientras se lo contaba a Carlo. Luego él decidió contármelo a mí.

Imaginé qué habría pensado aquella mujer al verme llegar hasta el umbral de la puerta y notar en mi rostro el mismo gesto de indolencia que vio en el padre de la difunta. Recordaría que eso mismo fue lo que vio en la cara de Adriana, cuando su madre murió; en el colegio sus profesores prepararon, durante minutos, la mejor manera de decirselo a la niña sin afectarla. Y ella tan sólo siguió dibujando en su block, sin levantar su cabeza, mientras decía "Entiendo ¿A qué hora voy a salir entonces?" Como si nada. O cuando aquel camión aplastó a Nemesio, su gato, al que tenía desde muy pequeña, su rostro adquirió ese aspecto impasible, se agachó en el pavimento, despegó el

cuerpo y lo echó en una bolsa de basura que encontró a la mano y siguió su camino.

Pensaría la mujer que Adriana, su padre y yo éramos los únicos miembros de un extraño club, a los que nada les importaba siquiera la muerte de alguno de ellos.

Días después, sabría por Carlo que aquella señora había visto una lágrima en mis ojos, cuando fue a informarme de lo que pasó con Adriana. Y juzgó una expresión en mi rostro, como auténtico dolor. Es más, ella le contó que me vio muy mal, a tal punto que no pude decir nada, y que cuando cerré la puerta en sus narices, ella estaba segurísima de que me suicidaría. Cosa que juzgaba muy normal, romántica y comprensible: “si la mujer que amaba, acababa de quitarse la vida, era mejor que él también lo hiciera, pues así no tendría que afrontar el terrible dolor de su ausencia. Entonces era muy seguro que quisiese estar a solas para procurarse rápidamente una muerte que aliviara todas sus penas. Por eso no hice nada y te vine a avisar, Carlo, porque sé que ese muchacho es tu amigo. Pero creo que lo mejor es que vayas y mires, si su vida te interesa”

¡Que va! Cuando Carlo llegó a mi casa, yo aún sostenía la nota en la mano y no le quitaba la vista de encima a la puerta que momentos antes había cerrado en las narices de la señora lora, como si con eso se hubiera activado el mecanismo de mi decisión y mis movimientos. Pero ahí estaba Carlo, y Dani y Pacho, y Otto también. Estaban todos preocupados por mí, sin embargo, yo aún no pensaba cual era el movimiento que seguía. ¿Matarme? No lo contemplaba siquiera. Supongo que era porque mis pensamientos iban a millón, a una velocidad que me resultaba muy difícil examinar con precisión alguna de las ideas que iban de un lado a otro de mi mente. Y todo volvía al silencio. Ellos me conocían y sabían bien que cualquier palabra pronunciada resultaría como una algarabía: exagerada y molesta. Por eso mantuvieron silencio. Sólo se conformaron con asegurarse de que nada me pasaría. Así lo entendí yo también, a través de las miradas que constantemente nos dábamos: ellos a mí y yo a ellos. Y toda la noche estuvieron allí, mirando cómo analizaba el papel que todavía sostenía en mis manos, como si buscara algo distinto a lo evidente: una bocina, una pantalla, un botón...

Y luego lo inevitable: los recuerdos. Nuestro auto se fue por la Ochenta derecho, sin doblar en ninguna calle. Adentro íbamos nosotros: Adriana y yo; y él nos llevaba, porque ya sabía hacia donde. No. Más bien era el piloto automático de mi costumbre de los últimos diez días de ir a recoger a Adriana al sitio donde trabajaba. Era mejor que

no fuera yo el que estuviera pendiente de conducir, porque toda mi atención estaba en Ella, que me miraba la boca, no como cuando me quiere besar sino como cuando teme que yo pregunte algo que no está entre sus respuestas.

Mi boca asediada por sus ojos y sus ojos por los míos, y ambos asediados por el silencio que nos daba el que no tuviéramos en cuenta al resto de la gente, y porque ninguno de los dos decía algo aún: ni yo preguntaba ni ella requería mi pregunta mientras la ciudad, adornada con apresurados transeúntes, iba pasando a toda velocidad por las ventanas y los retrovisores del auto, en tanto que nos acercábamos a la esquina donde debíamos tomar el cruce para llegar hasta mi casa.

Entonces su cara se acerca y la mía se lo permite, justo en el momento en que el auto se ha detenido un poco, decidido a cruzar en la callecita del árbol en la esquina, que es la calle donde yo vivía. Sus ojos se balancearon algo, en parte por la aceleración de su pecho, en parte por el balanceo del auto, al pasar sobre unos baches en el pavimento.

Adriana me besa como apurando mis palabras. Tan sólo le bastó una ligera presión sobre mis labios para que la pregunta saliera apresurada de mi boca:

– Adriana –le dije– ¿Por qué me pediste que nos fuéramos de la fiesta?

Inmediatamente caí en cuenta que no debí haber dicho aquello. Se hacía evidente que se debió al beso. Más bien debí haberme quedado callado, tal vez habría logrado que ella hablara primero, que tomara la iniciativa en aclararme lo que yo aún no empezaba a entender. O si hablaba, que fuera para hacer algún otro tipo de comentario: debí haber comentado lo bien que besaba ella; quizá era mejor haber dicho algo sobre lo bien que olía su perfume. Hubiera sido mejor decirle: “Adriana, todavía tienes en tu boca el sabor del ajo que comiste al mediodía”. Quizá era también lo que ella esperaba: que lo dicho no hubiera sido dicho. Pero no comentó nada. No abrió siquiera su boca para decírmelo, ni un amague. En vez de eso, me besó nuevamente. Y también nuevamente las impulsivas palabras:

– Dime, Adriana ¿por qué? Acaso esa que bailábamos ¿no era tu canción favorita?

Entrecerró sus ojos y me quedó mirando. Claro, esta vez no era como cuando está brava y quiere reprocharme algo. Me sonreía y

me miraba como si analizara un ejercicio matemático para el cual busca solución. Yo era una bomba a punto de estallar, cable negro, cable rojo, cable azul, cable blanco, pero ella no me dejó detonar. Al parecer, el cable estaba en mi nuca. Puso su mano derecha por detrás de mi cabeza, con cuidado, no fuera a ser que causara la explosión. Volvió a besarme y el reloj quedó detenido. El sonido que hacían mis pensamientos cesó. Luego apartó sus labios de mi boca y los llevó hasta mi oreja izquierda para decirme: "Tú eres mi canción favorita".

Yo era su canción favorita. Me lo dijo aquella noche y lo confirmé la mañana que aquel hombre entró a mi casa y me entregó la nota de Adriana. El día anterior, estuvo escuchándome toda la mañana: fuimos al mar y practicamos durante un buen rato nuestro hobby compartido favorito: dejar que la brisa nos golpeará la cara hasta aburrirnos de placer. Después estuvimos comiendo y bebiendo todas las frituras y los jugos que habíamos preparado nosotros mismos, mientras resolvíamos el enorme crucigrama que habíamos guardado toda una semana para esa ocasión, pero claro, lo llenábamos con las palabras que queríamos escribir, de modo que fuera más fácil y entretenido. Así, entre las empanadas y el jugo de mora, *HORIZONTAL, DE CUATRO LETRAS, CAPITAL DE UCRANIA, "POPÓ"; UNA DE LAS ISLAS DEL PACÍFICO SUR, OCHO LETRAS, "SÍSTOQUE"; O, DE DOS, PATRIA DE ABRAHAM, "AY"; PARA QUE, HORIZONTALMENTE, CINCO LETRAS, ESCULTOR FRANCÉS, AUTOR DE EL PENSADOR, "YUPPY"*. . Risas, Adriana que me mira, y yo que le devuelvo la mirada, sin darnos cuenta que somos mirados también ¿Por quién? Que lo diga el viento.

¿Más salchichón? Aquí tienes tu vaso de jugo. *DE CINCO LETRAS, DIOSAS MENORES QUE INSPIRABAN LAS ARTES*. La respuesta estaba en mi cabeza, y en la de Adriana. Pero no la escribimos en el crucigrama: la dejamos sobre la arena y nos metimos al agua. Adriana me abrazó mirándome directo a los ojos, por sobre sus cejas, y yo empecé a escribir la respuesta en su cuerpo. Primero en su boca, *DE CINCO LETRAS.en sus senos, alrededor de sus nalgas*. Ella sabía también la respuesta, ganas. Por eso me abrazó con firmeza y enterró sus uñas en mi espalda, cuando empezaba a escribir por entre sus piernas.

Sí. Yo debía ser ya su canción favorita, y me hacía sonar sólo para ella, con todo mi cuerpo, en todo su cuerpo, subiendo por su pecho hasta que mi música se apoderó de su jadeo y fue hasta su voz, al final de la canción. Primero, *CON MUCHAS LETRAS, VERTICAL, AAAAAAH... AAAAAAH...AAAAI*. Luego, *CON CINCO, CASI HORIZONTAL: TE AMO*.

Eso fue apenas el día anterior a su muerte.

Nos fuimos a mi casa. Nos bañamos juntos, como si todavía no saliéramos del mar: nos abrazamos fuertemente sin dejar de besarnos, y moviéndonos entre las olas de nuestros cuerpos aún cálidos e inquietos.

Recuerdo que por un instante me quedé inmóvil, mirando fijamente la arena que salía de nosotros, para ir a reposar al piso del baño. Me alegré secretamente al pensar que aquellos minúsculos granos de arena que el agua había puesto a nuestros pies era nuestra síntesis: una única arena, uniforme, armoniosa: sin saber cuál había salido de su cuerpo o cuál del mío.

Otto y Carlo me dejan en la estación de Paloquemao, preocupados por mi mutismo, que ya está en los límites de un indiferente automatismo, pero con la conciencia un tanto aliviada por mi insistencia de que iba a estar bien y necesitaba unos minutos a solas, antes de que para el bus que me llevara a casa.

El carro arrancó, y antes que se cumpliera el segundo de haberse perdido en la distancia empecé a caminar no sé hacia qué lado, lejos de la estación y de la gente que mira sus relojes como queriendo exprimir de ellos la hora en que su bus aparezca y se los lleve de ahí, a salvo a sus casas.

Busco en la piel de la ciudad las notas que habrán quedado escritas, cuando Adriana y yo hacíamos sonar nuestra melodía por toda Bogotá. Dentro de varios segundos estaré recorriendo las calles que hicimos nuestro territorio. Lo haré lentamente, como si interpretara con mis pasos una canción calmada, un blues, tal vez. Pero la ciudad tiene su ritmo, y todos lo siguen: a mí no me es posible. Todos van frenéticos, acelerados hacia sus destinos. No importa si van al trabajo, a la escuela, a alguna reunión casual o sencillamente a ninguna parte.

Están los que van, están los que vienen, pero el ritmo es uno solo: acelerado y desesperante.

Luego viene la lluvia. Entonces los que corrían aceleran aún más sus pasos. Corren como si en detenerse estuviera su perdición; al ritmo un, dos, un, dos... como si pesara sobre ellos una condena al detenerse, y ahora sí que me es imposible seguirlos. La ciudad fría se hace mucho más fría. De las bocas de los desesperados escapa un espeso humo y me parece que se les saliera el alma. Acaso ¿es necesario que pasara,

para que puedan encajar en la city? O quizá no sea eso y se trata sólo de una señal de auxilio, emitida desde muy adentro. La señal de que quieren comunicarse, que alguien les hable y les rescate de su soledad.

Quisiera poder ayudarlos a todos, alcanzarlos y hablarles, preguntarles si algo los está matando.

Rescatar al menos a la bella mujer junto al semáforo, que parece ser el peor caso. Que emite una señal aun más visible mientras respira, aunque su intachable tocado no permita siquiera sospecharlo.

Pero no. No podría. El frío aumenta y veo que de mi boca, al bostezar por el cansancio, también se escapa una enorme señal de auxilio. Enseguida supe que nadie vendría a rescatarme de mi soledad pues, a la velocidad que marchaban todos era imposible que alguno viera mi fumarola de dolor. Imposible detenerse si la lluvia ya dictó el ritmo de la marcha y el frío sigue apurando.

Ya debo estar desvariando, porque los edificios en frente se vuelven repentinamente una gran cara iluminada, y en el centro, las ventanas, una enorme sonrisa que resplandece, con un soukous que a lo lejos suena, como una animada carcajada. En una pared alguien escribió "Nidia te amo". Yo sentí también amor por Nidia, porque necesitaba amarla, así no la conociera.

Adriana que no más anoche creí verte besando ese hombre extraño, en el último puesto del vagón de transmilenio, dos días después de que sonrieras en la boca de esa mujer que anunciaba algo, en un comercial de tv. Para luego recordarte fría y quieta, colgada de esa cuerda, como penden de mí esas ganas de que todo sea una mala pasada de mis amigos. Que no estés muerta. Que yo acepte que caí y todos salgan de sus escondites, burlándose de mí, por ser tan ingenuo. Que esa mujer llevándome el anuncio de tu muerte esté equivocada. Que tu padre padezca un problema senil que le llevó a creer verte muerta. Y que esa carta no sea tuya, que no reconozca yo en ella tu letra y tu desvelo escribiéndola.

Pero sí. Es verdad. No estás en esta Bogotá fría y silenciosa. Todo es silencio ahora, ni carros, ni perros, ni soukous, ni tu melodía llevando por las calles. Debe ser que también mi canción está a punto de terminar. Los recuerdos regresarán como un perro al que se ha llevado suficientemente lejos para perderlo, pero por alguna extraña razón se las arregla para seguir ahí a nuestros pies, lamiéndolos, fastidiándonos. Este horrible aspecto de una ciudad húmeda y sin ti me asquea, me desola. Intento pensar que sólo es un decorado temporal, una capa

que han puesto ahí adrede, para disuadir al visitante no deseado, para que se sienta como yo ahora, y se marche. Luego recogerán la cubierta y todo volverá a la normalidad. La ciudad volverá a ser agradable y yo me sentiré mejor y ya no tendré deseos de irme, porque todo será otra vez. Adriana también.

Claro que no, mi querida Adriana. El carro de la basura pasa, levanta algunas cosas que la gente había tirado sobre las esquinas: un perro muerto, quizá, los pañales ya usados, los muebles sobre los que ya nadie quiere sentarse, cartas que evidencian el fracaso de un amor. Fragmentos de la vida de ayer, y tal vez también de antes de ayer.

Pero al irse el carro todo sigue: el mismo olor, las mismas calles, las mismas cosas en la cabeza de la gente, yo sin encajar.

Tal vez haya muchas canciones aún por sonar, pero en cuanto hayas escuchado la que más te gusta ¿para qué esperar? Con esa debe terminar tu noche. Y no hay razón alguna por la que debas escucharla toda, es mejor hasta donde todavía la disfrutas.

La tarde que nos conocimos (¿recuerdas?). En cuanto te me acercaste, en el puesto vacío junto a mí, en la radio sonaba una canción. La voz de la chica era triste, casi agónica, y yo me reía porque sonaba como una canción lloricona de amor. Te dejé que hablaras, quería reírme de lo que dirías: los hombres siempre fueron unos tontos tratando de acercarse a mí; siempre decían las mismas estupideces; y tú resultaste diciendo estupideces, pero no eran las mismas. Me sorprendió ver como te esforzabas por sacar una cosa nueva, cada vez que hablabas, a pesar de que yo sólo asentía y me reía burlonamente.

“Adriana”, te dije al bajarme, y me hubiera gustado voltearme y ver tu cara, después que te dijera mi nombre, cuando ya habías pensado que no te lo diría. Adriana. Pero no te dije dónde vivía ni qué hacía ni que trabajaba. Por eso me sorprendió verte ahí parado, frente a la salida del sitio donde trabajo. Pero claro, eso lo habría hecho cualquier estúpido, como te dije, sólo que tú, también lo dije, eras otra clase de estúpido. Así que te permití “acompañarme a tomar el bus”, como dijiste tú, antes de que sonrieras de gusto, sin poder ocultarlo.

Mi bus. A ti te servía “cualquiera”. Lo tomamos, y al subir, otra vez aquella canción. “Bye, bye, my love”, decía la mujer con su agónica voz. Luego supe lo que contenía el resto: “este verano ha muerto/y tú bien lo sabes/si me quedo contigo/ también muere nuestro amor”. Hicimos el recorrido hasta mi casa y llegamos antes de que

